

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LIX.

MADRID, 24 DE ENERO DE 1932.

NÚMERO 4.



DON FEDERICO LARRAÑAGA

en la Conferencia Universal de Escuelas Dominicales en Glasgow, 1924.

D. FEDERICO LARRAÑAGA

Muchos de vosotros no conocen este nombre, y sin embargo al hombre todos le conocéis, porque es el que desde el año 1892, mucho antes de que nacieseis vosotros, ha escrito y copiado todas las hermosas historias y ha elegido todos los bonitos grabados que se han publicado en este periódico. Después de treinta y nueve años ya es tiempo que descanse, como era su deseo, de este trabajo, aunque continúa desempeñando su profesorado en el Colegio del Porvenir de Madrid, y nadie diría que tiene sesenta y siete años. Nació, como Felipe II, en la capital castellana de Valladolid, pero en nada se parece a ese rey cruel al que aún hoy en Holanda llaman el diablo del Mediodía. Su padre era un entusiasta liberal que, si mal no recuerdo, murió en la guerra contra los carlistas. Su madre era una humilde lavandera y una bellísima persona. En la casa de huérfanos de Madrid estudió con gran provecho, hizo el Bachillerato y se licenció en Filosofía y Letras en la Universidad de Madrid. Luego estudió en Alemania e Inglaterra y volvió a España para ocupar el lugar de profesor en el mismo Colegio donde se había educado, alcanzando el título de Director. Como mejor recuerdo suyo reproducimos aquí un himno compuesto por él, siendo estudiante en Alemania, cuyo original empieza "So nim:n denn meine Hande", y que todos deberíais saber de memoria. Lo encontráis en la primera página de la hoja anterior, y a él y a nosotros nada mejor podemos de-

sear, sino que se cumplan sus hermosas palabras. Los que continuamos su labor queremos imitar su trabajo silencioso y abnegado, procurando hacer, en lo posible, que siga siendo interesante, ameno e instructivo EL AMIGO DE LA INFANCIA, con lo que creemos tributarle el mejor homenaje.

MEDIO-POLLITO

por FERNAN CABALLERO

(Continuación.)

Cuando la pobre madre vió que no había medio de disuadirle de su intento, le dijo:

—Escucha, hijo mío, los consejos prudentes de una buena madre. Procura no pasar por las iglesias, donde está la imagen de San Pedro; el santo no es muy aficionado a gallos y menos a su canto. Huye también de ciertos hombres que hay en el mundo, llamados cocineiros, los cuales son enemigos mortales nuestros y nos tuercen el cuello en un santiamén. Y ahora, hijo mío, ve a despedirte de tu padre.

Medio-pollito se acercó a su padre, bajó la cabeza para besarle la pata y le pidió su bendición. El venerable gallo se la dió con más dignidad que ternura, porque no le quería en vista de su mala índole. La madre se entristeció, en términos de tener que enjugarse las lágrimas con una hoja seca.

Medio-pollito tomó el portante, batió el ala y cantó tres veces, en señal de despedida. Al llegar a las orillas de un arroyo casi seco, porque era verano, se

encontró con que el escaso hilo de agua se hallaba detenido por unas ramas. El arroyo, al ver al caminante, le dijo:

—Ya ves, amigo, qué débil estoy; apenas puedo dar un paso, ni tengo fuerzas bastantes para empujar esas ramillas incómodas que embarazan mi senda. Tampoco puedo dar un rodeo para evitarlas, porque me fatigaría demasiado. Tú puedes fácilmente sacarme de este apuro, apartándolas con tu pico. En cambio, no sólo puedes apaciguar tu sed en mi corriente, sino contar con mis servicios cuando el agua del cielo haya restablecido mis fuerzas.

El pollito respondió: —Puedo, pero no quiero. ¿Acaso tengo yo cara de criado de arroyos pobres y miserables?

—¡Ya te acordarás de mí, cuando menos lo pienses! —murmuró el arroyo con voz debilitada.

(Continuará.)

PRINCIPIO Y FIN DE UN CONQUISTADOR ESPAÑOL

Por ROBERTO MOLINA

(Continuación.)

IV

El asalto y toma de Tebeque, aunque aconsejado por las circunstancias, trajo desde luego una ruptura con Guani, y a media mañana subían ya monte arriba los indios para castigar a los soldados de Merlo. No se descuidaron éstos en fortificar y preparar sus defensas, aprovechando cuanto de ventajoso ofrecía la posición. Bien defendi-

da y con elementos de guerra (mas lo que hallaron allí de flechas y agudas lanzas de palo), recibieron con tal brío a los que llegaban, que hicieronles—de momento—desistir del asalto. Reaccionaron al otro día los isleños, repitiendo la intentona sin resultado y con numerosas bajas. Prolongóse así por unos días la batalla, con sus escaramuzas, sorpresas, lances y zozobras, y en esto, mientras en los guerreros de Guani crecía el odio y la esperanza, en los de Merlo, la esperanza, el valor y la resistencia menguaban, porque acabáronse las provisiones, que era lo peor que podía sucederles. Y en tal apuro convocó Merlo a los suyos y dijo:

“Ya que hasta hoy todo se ha hecho por mi consejo, considérome, de entre todos, el más responsable de la desdicha en que estamos y el más obligado a buscar remedio, si aún lo tiene. He pensado bajar yo solo a parlamentar con Guani, y ofrecerle, con la promesa de paz y el olvido de todo, una alianza para ir a combatir a Ponga, su enemigo (y que él cree también enemigo nuestro). Dejadme ir; que si, como espero, logro convencerle, me estaréis todos agradecidos.”

Quedó al mando de la posición Perales de Soto, y Merlo, llevando en alto una lanza con un lienzo blanco, descendió, montaña abajo, hacia el poblado donde Guani tenía su palacio.

Quiso la suerte que por aquellos días, Ponga, enemigo eterno de Guani, como hemos dicho, noticioso de que éste combatía en su propio territorio a un pelotón de blancos y considerándole

entonces fácil de vencer, organizó un ejército de cuatro mil hombres contra Guani. Este acababa de tener, por sus espías, noticia de la desgracia que echábasele encima, cuando le anunciaron también que bajaba desde Tebeque un parlamentario blanco con bandera de paz. Al saber quién era el emisario, sorprendióse Guani tanto como alegróse Moa, su hija, la cual, arrodillada ante su padre, le dijo que tratase con humanidad a Merlo, que le escuchara con atención y que si era cosa compatible con su dignidad de rey y de enemigo, se acordase de cuánto amaba ella a aquel guerrero cristiano.

Esta súplica de Moa, los preparativos de Ponga y la entrada de Merlo, solo y altivo en el poblado, tenía más que interesado e inquieto a Guani. Llegó éste, presentóse, o mejor dicho le llevaron como prisionero a presencia del rey, y dijo:

“Te extrañará ¡oh Guani!, que yo me ponga así tan de improviso y voluntariamente en tus manos. Pronto conocerás tú y todos, los motivos, que no son otros que el deseo de que cese esta guerra estúpida, porque nosotros hemos de ser amigos, necesitamos ser amigos para aprestarnos a combatir a Ponga, enemigo tuyo y enemigo de los españoles como ya te dije en nuestra primera entrevista. Los repetidos encuentros con tus soldados te habrán dado a entender nuestra superioridad en el arte de la guerra, y así, si tu quieres vengo a ofrecerte la paz y a sellar entre nosotros una alianza, cuya cláusula más importante es la de que mis

hombres (y yo a la cabeza de ellos) enseñarán nuestra táctica militar a los tuyos; y si tú y yo nos ponemos al frente de las tropas y tomamos la delantera, sorprenderemos a Ponga y quedarás—derrotándolo—dueño de toda la isla. Vengo solo porque he fiado en tu interés, y luego en tu generosidad. Si no te place esta alianza, toma mi vida. Si aceptas mi ofrecimiento, abrázame en presencia de todos los tuyos.”

El “gesto” de Merlo sorprendió y entusiasmó a los indígenas nobles e ingenuos. Guani maravillóse de que hubiese adivinado el español las intenciones de Ponga, aunque en verdad, él, como otras veces, hablaba sólo apoyándose en hipótesis que su propio juicio y varios indicios le sugerían. Otra vez el ingenio de Merlo había salvado la vida de los suyos. Bajaron éstos de Tebeque, hambrientos y extenuados. Socorriéronlos. Hubo en unos días instrucción militar de indios, ordenándolos por pelotones, por escuadras, por guerrillas; en fin, tal como los nuestros sabían y ejercitaron con fortuna en tantos años de guerra. Fueron a continuación al encuentro de las tropas de Ponga, que venía ya de camino e ignorantes de la alianza efectuada, y Guani quedó definitivamente vencedor. Los españoles, nombrados cada uno jefe de un grupo de indios, estaban contentos. La mano de Moa fué el premio que Guani otorgó a Díaz Merlo, generalísimo de todas las tropas. Y una mañana...

(Continuará.)